

Y el vencedor de Argel atrás se vuelve
En medio del estruendo formidable
De cien cañones que la muerte envían.

Sobre la miés tendidos, centenares
Se ven de suavos, el clamor se escucha
De mil que lanzan el postrer suspiro.

Más de seis horas de combate pasan,
Y la tarde camina presurosa,
Y las terribles bombas una á una,
Como cadena colosal, se miran
Sin cortarse en la altura, descendiendo
Aquí y allí, por la ciudad invicta.

No cesa en tanto el horroroso estrago
En toda la extensión del Occidente,
Ni cesan los valientes defensores
De escarmentar al invasor artero.

Súbitamente el fuego se percibe
Al Sur de la ciudad, mas de Durango
Los hijos allí acuden y, valientes,
De Agua Azul en el franco campamento
Hacen morder la tierra al enemigo,
Y huir á los zuavos espantados,
Que en su fuga violenta, hasta abandonan
Armas y parque, heridos y cadáveres.

Llegan las sombras de la triste noche
Y el humo del combate se confunde
Con las nieblas nocturnas, que descenden
Llenando la extensión del hemisferio.

En medio de esas sombras tenebrosas,
Sólo como relámpagos destellan
Del cañón fragoroso los reflejos.

No cesa el entusiasmo del azteca,
No cesa el exterminio y la barbarie
Culta del ilustrado, que afanoso
Se llama humano y por doquier difunde
Desolación y espanto, estrago y muerte.

Parece que esa noche tenebrosa
Las estrellas se ocultan entre nubes
Por no mirar la muerte que se cierne
Tendiendo por doquier sus negras alas,
Sin que por eso la ciudad heroica
Desmaye en su vigor inacabable.

La obscuridad se extiende; allí en las torres
No brillan esas luces de Bengala
Que anuncian que el soldado mexicano
Está velando al pérfido enemigo.

Todo es consternación, todo es pavor,
Espanto y sangre, y muerte. Y mientras pasan
Las sombras de la noche, junto al ara,
Al pie de los altares prosternadas
Dos mujeres se ven, dos querubines
Que dirigen al Dios de los ejércitos
Sus férvidas y lánguidas plegarias,
Porque cesen los bélicos estragos.
Es uno de esos ángeles, Lucila,
Es Elena el otro ángel apacible.

Un momento inquietante de silencio

Sucede á la terrible artillería:
 Entretanto, Filópatro angustiado
 Vuelve á la casa de su amante dueño;
 Pero ¡ ah ! que allí le espera en su desgracia
 El golpe más cruel del infortunio,
 La terrible noticia que le anuncia
 Que su padre querido en ese instante
 Tal vez exhala su postrer suspiro.
 Presuroso, agitado, junto á Amira
 Quiere ocultar su pena y sus dolores;
 Pero ese ángel de amor, amargo llanto
 Al mirar á Filópatro derrama,
 Al estrechar en sus ebúrneas manos
 Un papel que mojaba con sus lágrimas.
 Filópatro impasible, ni un gemido
 Pudo lanzar, ni lágrimas dolientes
 Pudo verter en su terrible pena
 Que ahogaba su voz en la garganta.

De improviso pasó sobre su frente
 Su mano, cual quitándose una nube
 Que velaba sus sienes y sus ojos,
 Y con trémula voz le dijo á Amira:
 "Vuelve otra vez á leer esos conceptos
 Que el corazón me rasgan, dolorido,
 Aunque me infunden soberano aliento."
 Y así Amira, enjugándose las lágrimas
 Que mojaran sus pálidas mejillas,
 Dijo con voz que trémula sonaba,
 Leyendo aquel papel de llanto lleno:

"Voy á morir, Filópatro; tú lejos
 "De mí, tal vez no cerrarás mis ojos,
 "Pero de Dios con los designios santos,

"Hijo del alma, cumple; el extranjero
 "Que hollando está la tierra en que nacimos,
 "Porque el traidor perverso le condujo,
 "Quiere romper nuestra inmortal bandera;
 "Quiere en sus sueños de oro, en sus delirios
 "Ser dueño del riquísimo hemisferio
 "Que consesvar no pudo en su torpeza
 "El indomable vencedor del moro!
 "Quiere romper de Hidalgo el estandarte,
 "Quiere romper la espada de Guerrero,
 "Destrozar de Tampico los blasones,
 "De Calpulalpan desgarrar la enseña,
 "Y al hacernos esclavos, con orgullo
 "A tu patria borrar de las naciones!
 "Voy á morir..... pero mi ardiente pecho
 "Aún late por tu amor, hijo querido:
 "La patria está en peligro, no abandones
 "Su victoriosa enseña, si me amas,
 "Y si conservar quieres mi memoria,
 "No mancilles la espada del patricio,
 "Y tú que has conquistado del poeta
 "De lauro inmarcesible la corona,
 "Conquista del guerrero los laureles,
 "Tu sangre derramando si es posible.....
 "Que quiero el llanto de mis tristes ojos
 "Derramar al saber que en la batalla
 "Has muerto defendiendo tu bandera,
 "Antes que verte el látigo sufriendo
 "Del invasor que conquistarnos quiere!
 "Mas ya no te veré, pocos instantes
 "Me quedan de existencia, hijo querido.....
 "Ya no veré tu frente victoriosa.....
 "Ya no veré á la gloria coronarte.....
 "Al entonar tus cánticos guerreros!

" De tu patria querida, hijo del alma,
 " Conquistarás inmarcesibles lauros,
 " Y tu fama inmortal que el orbé llena
 " Hará eterna en tu nombre, mi memoria!
 " Hijo, yo te bendigo...!" Y fatigada
 Amira el llanto del dolor vertía.
 Se repuso un momento y así dijo:
 " Hijo, yo te bendigo... de este mundo
 " Al salir, con mi pecho consolado,
 " Al mirar ya las puertas celestiales.
 " Cumple con tu deber... Dios sea testigo
 " De que al mojar tu espada con tu llanto
 " Firme estarás al pie de la muralla,
 " Y si no vienes á cerrar mis ojos,
 " Porque en medio al fragor de la contienda
 " Defiendes de tu patria los blasones.
 " Y acaso ni mi tumba solitaria
 " Podrás venir á coronar de flores,
 " Porque mueras glorioso en Zaragoza
 " Con el francés luchando y los traidores.
 " Pero en la eternidad, hijo del alma,
 " Al estrecharnos con amante abrazo,
 " Dios te dará de la virtud la palma.
 Dijo Amira, y en lágrimas bañada
 Besó la frente de su tierno amante.
 Silencioso Filópatro, un momento
 Quedóse mudo, y prorrumpiendo luego
 Con voz clara, mas pálido el semblante,
 Así dijo oprimiéndose su pecho:
 Cumpláse así de Dios el hondo arcano;
 Ahogo en mi pecho mi dolor inmenso,
 Porque si adoro, padre, tu memoria,

Es porque, como tú, soy mexicano,
 Y quiero, porque te amo, darle gloria,
 " Si ya murió mi padre, bella Amira,
 " Tú eres sólo el tesoro de mi alma;
 " Voy á luchar; anúnciase terrible,
 " Al romperse la aurora, la batalla.
 " ¿Qué espero en este mundo? ¡Adiós, hermosa!
 " Conserva de mi padre ese retrato
 " Junto con el papel de mi infortunio!
 " Guarda con él la imagen de tu amante,
 " Que si muero en la lid, tus oraciones
 " Abriránme las puertas de los cielos...!
 Y sin lanzar un eco ni un gemido,
 Sin verter una lágrima siquiera,
 Dió un abrazo á su amada, y partió luego.

Quedóse Amira exánime, en su llanto
 Ahogándose y orando silenciosa,
 Delante de la imagen de María.
 Filópatro llegaba al campamento
 De San Javier, en busca de su jefe,
 Y el canto de las aves melodiosas
 Comenzaba á escucharse en los ramajes.
 Ya el crepúsculo hermoso, la mañana
 Anunciaba en Oriente. De improviso,
 Se oye un rumor confuso allá á lo lejos,
 Y horrible se percibe el estallido
 De la gigante bomba entre mil truenos
 Que de la tempestad ecos parecen.
 Aún retiemblan las bóvedas del templo:
 El artesón retumba del palacio,
 Y toda la ciudad en su recinto
 Se estremece al fragor de las granadas...!

Pasan dos horas de terrible angustia,
Y poco á poco cesa el estallido
De esos terribles ecos de la guerra,
En medio del murmullo de mil voces
Que producen cien grupos, apiñados
Mil heridos se miran, mil cadáveres,
Que hacia el asilo del consuelo llevan.

Lucila, Elena, Elodia, Orestes, otros
Personajes acuden auxiliando
A los heridos; por doquier Elena,
Recorre ansiosa con dolientes ojos,
Esos cuerpos helados que un momento
Animados mostraban entusiasmo,
En medio del fragor de la batalla:
Y Lucila también buscaba entre ellos
De Dalmiro la imagen tan querida.

Respiran consoladas un momento,
Pues aunque miran con dolor y pena
A todos los heridos, esos hombres
No son del corazón prendas queridas,
Nada encuentran: y en tanto los cadáveres
Son conducidos al sepulcro, llevan
A los heridos con anhelo santo
Donde la caridad sublime quiere
Alivio darles con su pena heroica.

Súbitamente Elena lanza un grito
Y casi en su sorpresa se desmaya;
Pero acude Lucila y en sus brazos
La apoya y la conduce al blando lecho:
Es que en sangre teñido, moribundo,
A Herlindo conoció, que del combate

Es conducido herido y prisionero,
Como traidor: ¡infortunado joven!
“¿No le viste, Lucila? Elena exclama,
Repuesta ya de su fatal sorpresa:
“¡Es Herlindo! Yo siento en mis mejillas
“La vergüenza, el baldón, porque hubo un día
“Que yo á ese joven le llamé el bien mío!
“Porque tiene una madre infortunada
“Y un padre que le ama con ternura.”
Luego, reflexionando y resignada,
Dijo: “Pero olvidemos las pasiones;
“Aquí en este lugar de la esperanza
“No existen las personas ni los nombres;
“La humanidad, la humanidad que sufre
“Es el único ser que contemplamos.”

Lucila, llena de fervor amante,
Consuelo daba á la afligida Elena,
Y ésta, llena de esfuerzo soberano,
Enjugando sus lágrimas, humilde
Fué á prestar sus auxilios al herido,
Al lado de Lucila que buscaba
Motivo hallar para prestar consuelo:
Ya la entusiasta Elodia preparaba
Las vendas, y las camisas, y las hilas,
Y todos los auxilios afanosa;
A la vez por un ángulo, en la sala
Se mira á Orestes que su llanto riega
Cerca de un moribundo que ya expira,
Y aun todavía exclama con fe pura:
“¡Gloria á mi patria! Dios del universo,
“Yo muero por su amor y por su gloria.
“En tus manos, Señor, pongo mi espíritu,
“Y á tí á los hijos de mi amor entrego.”

"Él los acogerá, clamaba Orestes;
 "Mira no más á Dios en las alturas;
 "Mira de Sión la cohorte celestial;
 "Vuela, hijo del Señor, á su morada...
 "Señor, acoge el alma de este joven!"
 Dijo, y quedóse un rato silenciosa;
 Después Orestes se salió llorando.
 A ese tiempo Filópatro llegaba
 De San Javier cumpliendo una consigna,
 Y al pasar espaciosos los jardines
 Encuentra á Orestes que con tristes ojos
 Sale del hospital de los heridos:
 Y esa alma fuerte que escuchó el relato
 Que Amira hundida en llanto le leyera,
 Y que ni un solo acento, ni un gemido
 Lanzó al saber la muerte de su padre,
 Porque el dolor ahogaba su garganta,
 Apenas vió de Cristo al sacerdote
 Cuando á su cuello se arrojó llorando
 ¿Qué te afecta, Filópatro querido?
 Le dijo Orestes, de sorpresa lleno:
 Tú que siempre, sereno en la batalla,
 Haz mirado correr sangre doquiera,
 Y lleno de valor alzas la frente;
 Tú cuya alma de poeta excelso,
 Comprende la grandeza de la gloria,
 Y piensa tan grandiosos pensamientos,
 ¿Por qué débil así llanto derramas?
 "Ah! padre mío, díjole Filópatro,
 ¿Por qué miro también en vuestros ojos
 Señales de dolor y tristes lágrimas?"

Porque siempre cercado de la muerte
 Os eleváis en medio á sus horrores
 Y animáis con valor al moribundo,
 ¿Por qué también vertís llanto cobarde?

"Filópatro, la gloria me enternece;
 Y cuando oigo la voz de la grandeza,
 Cuando del corazón en los latidos
 Percibo algún sublime pensamiento,
 Cuando escuchó del genio de la ciencia,
 Del arte ó del valor, los ecos gratos
 Que conmueven el alma, el pecho mío
 No puedé contener sus emociones.

Acabo de escuchar un moribundo,
 Acabo de guiarlo hasta el empíreo,
 Y al escuchar su varonil acento,
 Al verle resignado dar la vida
 Que le arrancara la enemiga bala,
 Al oír vitorear casi expirante
 De México las glorias sin mancilla,
 Mi pecho conmovió sus fibras todas
 Y he buscado en el llanto el dulce alivio
 Que hace que el triste corazón descanse

Por eso lloró yo, dijo Filópatro:
 Y ahogando la congoja en su garganta,
 Le refirió la funeral noticia
 Que le anunció la muerte de su padre.

Allí los dos amigos, á la sombra
 De los hermosos árboles que cubren
 Los vistosos jardines del palacio,
 Se sentaron, en tanto que aclaraba

La luz del alba que veloz venía
Disipando las nieblas de la noche;
Y en tiernos y dulcísimos coloquios
Sus corazones ambos dilataban.

Allí, dando Filópatro á su llanto
Corriente sin medida, al sacerdote
Consejos religiosos le pedía;
Y éste, lleno de fe, dulces consuelos
Darle pudo á su pecho desgarrado.
Hijo, amigo querido, le decía:
Tú haz perdido la prenda más valiosa
Que tener puede el hombre en esta vida,
Cuando en la paz doméstica vivimos;
Pero cuando la patria dolorida
A sus hijos invoca, ésta es primero.
Sólo Dios es primero que la patria.
Tú no haz podido el último suspiro
Recoger de tu padre idolatrado,
Pero ese Dios que tu gemido escucha,
Le ha recibido en su fecundo seno;
Él aprueba tu llanto, como aprueba
Tu conducta patriótica: es testigo
De qué cumples sublimes sus preceptos;
Él desde el alto cielo te bendice;
Yo en su nombre, Filópatro, lo afirmo.
Llora, llora sin tregua, hasta que calme
Ese dolor que tu garganta oprime;
Pero sabe que Dios tu llanto acoge,
Y que te envía angélica sonrisa.

Mas ya amanece, y el deber me llama,
Dijo Orestes: y dando abrazo estrecho
A Filópatro, fuése de aquel sitio.

¡ Sublime es ese bálsamo que vierten
Los ojos del mortal cuando abatido
Siente su pensamiento, y cuando su alma
Anhela hallar consuelo á su pesares!
Descansa el corazón y se extasía,
Y se refresca la abrasada frente,
Y el pensamiento que se alivia puede
Elevarse hasta el solio fulguroso
Adonde el Dios del universo habita!

Con el llanto abundante de sus ojos
Filópatro sintió dulce consuelo,
Y pudo contemplar el horizonte
Que ya entre nubes nácares se mira
Anunciando del sol los resplandores.

Tranquilo en tanto fuése á las alturas
Del palacio, á anunciar con faz serena
Al general en jefe que se apresta
En San Javier estrepitoso asalto,
Y que él con su permiso toma parte
En aquella defensa vigorosa.

Ortega, que le estima y que comprende
De Filópatro el alma delirante,
Con sonrisa halagüeña le despide:
Y en tanto que Filópatro violento
En su brioso troton al fuerte acude,
Ortega con sus jefes y ayudantes
De su Estado Mayor monta á caballo,
Y acude á la batalla que se indica:
A los valientes en su paso atiende,
Que listos en sus líneas, el estruendo
Comienzan á escuchar de los cañones.

Sublime es ver al indomable jefe;
Radiante de gloria en la batalla,
Sereno, imperturbable, á los soldados
Dirigiendo palabras de entusiasmo,
Y anunciando doquiera la victoria,
Mientras se oye el fragor de los combates;
Risa en los labios y amoroso acento,
Tranquilidad en la serena frente
Y animación y vida son las señas
Que distinguen al héroe de Silao.

Allí, luego que llega, á los soldados
Tremolando el pendón de tres colores,
“; Hijos! les dice, levantad la frente
“ Y ved en este lábaro glorioso
“ El inmortal pendón de nuestra gloria!
“ Recordad al mirar sus tres colores
“ De tres siglos la historia tenebrosa
“ Que supieron vencer de fanatismo,
“ De tiranía y pérfida ignorancia!
“ No lo olvideis, los galos orgullosos
“ De México abatir piensan las águilas;
“ Pero mirad con fe la cumbre altiva
“ De Guadalupe y de Loreto, y llenos
“ De la fe de la patria, la victoria
“ Nos ha de dar sobre el francés la gloria!”

Dijo, y al punto estrepitosos gritos
En torno del guerrero resonaron,
Y allí de San Javier en las almenas
Los ecos repitieron de la patria.

De México los grandes defensores
Se aprestan al combate; el estallido

Doquier retumba de la ardiente bomba
Que hace gemir el viento con espanto.
Filópatro y Dalmiro entusiasmados
Siguen doquier el genio de la guerra,
Y Reynaldo imitándoles, doquiera
Sigue también el belicoso ejemplo,
Porque ama de su patria los blasones,
Porque su amada madre así lo quiere,
Y porque siente, de la gloria ansioso,
Latir dentro del pecho entusiasmado
Un corazón de fuego que se quema,
Que anhela conquistar una corona,
Para ponerla á las heroicas plantas
De su adorada madre que á Dios pide
Porque la patria la victoria alcance,
O antes, todos los hijos del Anáhuac
De sus bellas ciudades y sus templos,
En los escombros con valor sucumban.